



francesa para los franceses, aunque se admita en general que siempre «vivir creadoramente es, por lo pronto, vivir de un modo inseguro y problemático»⁹³

— que la cultura española es un problema histórico, aunque no un problema histórico insoluble. Antes al contrario, dice Laín, «tengo por seguro que todo lector de mirada y voluntad limpias descubrirá en estas páginas apuntamientos bastantes para idear y ordenar una cultura española que, sin dejar de ser problema, sin renunciar a proyectarse creadoramente hacia el futuro, sea tan poco problemática en sí misma como puedan serlo la francesa o la norteamericana».⁹⁴

La solución propuesta por Laín no puede estar más que en una «voluntad de integración», donde aquellas antinomias y oposiciones antes señaladas puedan resolverse en armonía, pues —como él mismo dice— «en la España a que yo aspiro pueden y deben convivir amistosamente Cajal y Juan Belmonte, la herencia de San Ignacio y la estimación de Unamuno, el pensamiento de Santo de Tomás y el de Ortega, la teología del padre Arinterro y la poesía de Antonio Machado». Y frente a aquellos que puedan tildar tal propuesta como «eclecticismo de ocasión», la contestación de Laín es tajante: «Me esforzaré por demostrar con el hecho de mi vida y con la letra de mi obra la indudable fecundidad de tener tan varia y egregiamente poblada el alma».⁹⁵

A esta inspiración responde su estudio sobre *La generación del 98* (1945), habitualmente tenida como ruptura con la tradición. Si la Restauración representaba —al decir de Cánovas— la continuación de la historia de España, los hombres del 98 declaraban un corte abierto a dicha continuación; en cierto modo, representaban la «otra» España, y de ahí la hostilidad que inspiraron en amplios sectores de la sociedad española, contrapartida del derretimiento complacido que experimentaban otros. Laín se declara a medio camino entre unos y otros, reconociendo que «no seríamos hoy los españoles que históricamente somos sin la existencia y la operación de esa gavilla de hombres».⁹⁶ Su actitud es de estudio y de síntesis, tratando de alejarse tanto de «la hostil cerrazón de los cejijuntos» como de «la derretida secuacidad de los boquiabiertos», para incorporar lo que tienen de valioso a su propio acerbo y contribuir así «en alguna medida a esclarecer desde su entraña misma una parcela muy esencial de la vida española más próxima a nosotros». Triple es la deuda que Laín les reconoce:

— *Idiomática*: «Sin ellos no sería hoy nuestro lenguaje el que efectivamente es».

— *Estética*: «¿Sería la que es nuestra sensibilidad frente a la tierra de España, frente al continuo pasar de nuestra vida, frente al Quijote o fray Luis —por no citar sino tres ejemplos irrecusables— sin la obra literaria y estética de estos hombres?»

— *Española*: «El patriotismo nuestro también ha llegado por el camino de la crítica, sirviendo así de acicate en su descontento a «todos los que, exentos de culpas viejas, nos asomamos después de 1931 a la insatisfactoria vida de España».⁹⁷

⁹³ Ibid., p. XIX.

⁹⁴ Ibidem.

⁹⁵ Ibidem.

⁹⁶ Ibid., p. 344.

⁹⁷ Ibid., p. 346.

Asumiendo desde la otra orilla, lo que aquellos hombres tenían de valioso, Laín y el grupo que desde Burgos soñaba con una España mejor, cumplían su destino de integración nacional, aunque sus actitudes no pasaran en muchos casos del fantasmagórico estatuto del sueño. «Aquellos sueños a la vera del Arlanzón no pasaron jamás de serlo», le dice quejumbrosamente a Dionisio Ridruejo. Hoy aquellos sueños —podemos añadir menos melancólicos nosotros— han empezado a dar su fruto.

Laín, recogiendo así las razones de los otros, de los que defendían doctrinas ajenas y aun opuestas, se situaba en la disposición adecuada para afrontar con nuevo espíritu el llamado «problema de España». Mediante la triple vía de la «comprensión» (de las razones de los que se situaban en actitudes ajenas), de la «asunción» (de lo que de valioso hubiera en dichas razones) y de la «salvación» (refiriéndolas a su último sentido religioso), Laín se acerca a dicho problema en una nueva y fecunda actitud creadora. «Sólo un camino —dice— vimos muchos abierto: intervenir con alma limpiamente católica y anchamente nacional en la ya indicada tragedia de España; intentar resolver —con ánimo más generoso y resuelto que nunca, pensamos— el problema de España que al despertar a la vida histórica encontramos tan acerba, tan cruelmente planteado.»⁹⁸

La situación no admitía paliativos. Se trataba de «plantear sobre bases nuevas el tema de la unidad nacional»,⁹⁹ y en ese objetivo el medio no podía ser más que «una efectiva voluntad de integración nacional»,¹⁰⁰ concebida como una armonía entre catolicismo y modernidad. En el esfuerzo por delimitar los elementos que constituyen la «esencia» de España, base de un proyecto «nacional» que Laín pueda considerar como suyo, se destacan los siguientes:

- sentido católico de la existencia entendido como perfección, nunca como coacción o «martillo de herejes»;
- unidad y libertad política y económica;
- efectivo respeto a la dignidad y libertad de la persona humana;
- atención exquisita y vigilante a la justicia social;
- unos cuantos hábitos esenciales —el idioma y pocos más—.

Una vez admitidos estos rasgos, Laín se pregunta una vez más: «¿Cuál puede ser *hic et nunc*, en España y en este tiempo, el fundamento de una convivencia efectiva y fecunda? ¿Cómo debe plantearse esa cuestión un hombre vocado al ejercicio de la inteligencia?»¹⁰¹

Laín se remite de nuevo, al hacerse estas preguntas, a la fecha de 1898, que considera clave en nuestra historia, pues en esa fecha «España queda sola consigo misma. Ni siquiera siente en su seno el rescoldo de aquella hoguera apasionante y trágica que la hizo consumir desde 1815 hasta 1875. Siente no más que su propia soledad, su triste y vencida soledad, y en ella y desde ella se apresta a iniciar nueva vida... Poco importa que entre 1890 y 1910 no cambie gran cosa la estructura de nuestro estado: bajo la

⁹⁸ Ibid., p. 610.

⁹⁹ Ibid., p. 772.

¹⁰⁰ Ibid., p. 676.

¹⁰¹ Ibid., pp. 776-777.